

AMERICA, UN CONTINENTE POR DESCUBRIR*

Horacio Cerutti Guldberg
CCYDEL Y FFYL (UNAM)

El V Centenario del quizá impropriadamente denominado "Descubrimiento" de América ha estimulado múltiples reflexiones sobre el sentido que de modo pertinente habría que atribuir a ese acontecimiento y seguirá dando lugar a renovadas investigaciones sobre lo que han significado estos quinientos años en la historia mundial. Sin embargo, esta investigación y estas reflexiones se originan en el presente de nuestro mundo y de nuestra América y es este presente el que condicionalos interrogantes con los que nos aventuramos en el pasado, en ese proceloso océano de lo sido y que no por serlo es inmodificable; más bien, es la apertura permanente al juego de las interpretaciones y de las reinterpretaciones. Con todo, mucho más todavía nos preocupa el futuro si es que no queremos convertirnos definitivamente en hombres y pueblos sin alternativas. ¿Seguiremos despreocupadamente confiando en que nuestro futuro sea decidido por otros, en otras latitudes, para beneficiar otros intereses que nunca los nuestros?

Quizás lo único parcialmente inmodificable sea el presente, pero el pasado lo es permanentemente en su interpretación y el futuro está abierto para su construcción.

Cuando esta masa continental, que luego se denominó América, se interpuso en el camino de aquellos que iban buscando nuevas rutas para otra parte, la historia se hizo mundial, la geografía se reveló como integralmente terráquea y nunca más la vida del hombre sobre la tierra pudo ser igual. Creencias arraigas, convicciones incommovibles, concepciones dogmatizadas entraron en un proceso irreversible de demolición. A pesar de esa tremenda tensión destructiva el proceso fue largo e, incluso, afirmar que "fue" es probablemente un exceso. La fuerza de supervivencia de estas deformaciones mentales desfiguraron la nueva realidad aparecida hasta volverla irreconocible inclusive a los ojos de los aquí habidos. Todo fue geografizado, todo reducido a naturale-



za y, por tanto, a útil instrumentalizable, manipulable, explotable hasta la inanición. Largas y sesudas tuvieron que ser las deliberaciones, agitadas las polémicas para que finalmente, a regañadientes y condenada a permanecer letra muerta, se diera la sentencia: Los naturales eran pasibles de ser reconocidos como algo así... como parcialmente... humanos. Las secuelas de esta actitud forman un sustrato muy duro y consolidado hasta hoy. Todavía se pone en duda, en no pocos centros de poder, hasta qué punto somos capaces de autogobernarnos, de pensar por nosotros mismos, de decidir nuestro destino.

Esta América, que entra a la historia mundial como un hijo inesperado, no querido y sorprendente, es rápidamente convertida en algo extraordinario, el mundo de lo asombroso, la encarnación de un sueño, el lugar—vacío por cierto y en plena disponibilidad— donde realizar todo aquello que en el mundo conocido y, especialmente, en el imaginario colectivo de los habitantes de aquel mundo estaba pendiente. De generación en generación los anhelos combinados de justicia social y de revanchismo oportunista se habían ido transmitiendo como en carrera de relevos, sin que el espacio institucional europeo brindara acogida propicia para estos mundos soñados. Este continente se interpone en las rutas buscadas y es convertido, es recreado como el topos que permitirá finalmente la instauración de la utopía europea. ¿Cuándo llegará el tiempo propicio para que nuestro espacio sea el topos de nuestra propia utopía? El derecho a imaginar y a construir nuestro futuro debe ser reclamado irrenunciablemente por nosotros.

¿No es falta de realismo pretender propiciar una reflexión sobre el futuro en momentos en que la mayor parte de la población latinoamericana carece de presente? ¿En momentos en que una deuda monumental e impagable, que nadie sabe para qué se usó, nos agobia a nosotros y a nuestros descendientes? Crisis es hoy la palabra de orden. Sin embargo, crisis ha habido permanentemente en la historia mundial y en la historia de nuestro continente. Sólo aquellos que han sido capaces de avizorar por encima del desorden en que se debatían,

pudieron incidir en las líneas tendenciales por las que el futuro se anunciaba. ¿Renunciaremos nosotros a atisbar las vías por donde se realicen nuestros más caros anhelos?

El futuro no es todavía y por ello, justamente, debemos rechazar enfáticamente que siga siendo el botadero para toda aquella basura (incluidos los desechos radioactivos) que la humanidad produce aún a su pesar. Es razonable pensar en que el futuro es configurable. Felizmente, no todo es planificable. Pero, para actuar eficazmente en la construcción del futuro a que tenemos derecho es indispensable romper primero con todos aquellos resabios míticos que adjudican a la visión del paraíso un sabor prohibido, un tufillo pecaminoso. No se cae en interdicción para avanzar en lo no sido.

Por el contrario, internarse en lo que todavía no es y construir allí lo necesario para satisfacer nuestras necesidades—desde las más burdas hasta las más sublimes— es lo más propiamente humano. El hombre no puede modificar su entorno y el entorno se abre también hacia adelante. Reclamar—en estos tiempos de cólera apolítica— el derecho a construir nuestro mundo, nuestra América de después del año 2,000 es algo más que un programa generacional: es la afirmación de nuestra humanidad plena y con mayúscula. Es librarnos, mediante el ejercicio que expande nuestra humanidad, que historiza nuestro entorno, del complejo atribuido de “homúnculos”.

No queremos ser más topos para autopías ajenas o para los desechos de utopías ajenas, delirios de grandeza de los sedicentes “patios traseros”. Se trata de ponernos en camino para realizar la utopía solidaria soñada desde todos los tiempos por una parte de nuestra población: la mayoritaria, la marginada, la desamparada, la que siempre ha constituido la “carne de cañón” y la que ha pagado con su sangre la realización de utopías ajenas. Más que nunca se hace necesario bucear en el imaginario social latinoamericano, para detectar en él sus constituyentes clasistas. Un tema sobre el cual sabemos muy poco. En esa investigación podríamos de-

tecar aquellos núcleos de resistencia cultural que se levantan como barreras ante los embates dominadores, que pugnan por uniformizar y unidimensionalizar nuestras culturas. Porque no todas las clases ni sectores de clases sueñan con "nuestra América". ¿Quiénes y cómo, objetiva y subjetivamente pueden enfrentar la invasión cultural —vía *mass media*— que nos desarraiga y despedaza nuestra identificación como propios y partícipes de un proyecto y de un destino común? Es duro, pero hay quienes están desde el vamos fuera de ese proyecto solidario. Justamente porque se benefician obstaculizándolo y son sus enemigos más encarnizados. Identificarlos y proteger al proceso de liberación de su acción, neutralizarlos, es reforzar las posibilidades de la creación cultural.

más plena y participativa. En ese crisol cultural, racial y policlasista en que se ha convertido nuestra América es necesario detectar las tonalidades que aporta cada segmento, para tener una mejor aprehensión de la totalidad.

"Nuestra América" es por sí misma una expresión utópica. Nos habla de una América que todavía no es nuestra, que deseamos poseer plenamente y que, paradójicamente, nos identifica. Porque todavía no es, anuncia lo que debe ser. Constituye todo un programa, todo un proyecto en ciernes por desarrollar. Es un valladar contra la reformista política de emparches.

Naturalmente, pensar el futuro presupone renegar de la ingenuas extrapolaciones, aunque puede ser un ejercicio a veces fecundo el de imaginar ucrónicamente. Se trata de imaginar en grande. Tan en grande como inmenso son los problemas. Se trata de impedirnos una permanente política de remiendos. Se trata de que el futuro no siga siendo una tentación. . .

Pensar y actuar sólo en función de los descendientes conduce al sacrificio indiscriminado; pensar y actuar sólo en función de nosotros mismos conduce al consumismo indiscriminado. En ambos casos la carencia de verdadero placer es total, tanto por lo que se ha-

ce como por lo que se lega. No se escapa al reino de la frustración. De él sólo se sale mediante el reforzamiento de la voluntad de futuro.

Para ir avanzando en la conformación del proyecto "nuestra América" se requiere que reflexionemos en común sobre las características del mismo. Hay que recuperar tradiciones históricas que han ido acumulando elementos valiosos para este intento. Desde la idea de América, pasando por la confederación bolivariana, los sueños de Sandino, las rebeliones indígenas, los esfuerzos de cohesión e integración elaborados a diferentes niveles. La unidad forzada bajo la dominación debe cambiar de signo y enriquecerse como ariete para destruir esa dominación. A partir de esa nueva unidad, renovada y recreada desde abajo, desde las bases, se podrá elaborar los lineamientos de una unidad liberada, de una nuestra América efectiva y cabalmente nuestra para la humanidad y la historia mundial. Este es el impostergable quehacer al que nos confronta, en mi criterio, el año 2000. Más que un redescubrimiento o verdadero descubrimiento, una creación y recreación de nuestra América.

Hay razones prácticas y éticas, de mucho peso unas y otras, para aceptar que sobrevivimos en un planeta finito, errante y con recursos no ilimitados. El tema de la convivencia, su práctica y su hábito, constituye garantía de supervivencia y plenitud del individuo y de la especie.

La conmemoración del V Centenario podría constituirse entonces en una ocasión privilegiada para reflexionar no sólo en lo que somos o nos hicieron ser, sino en lo que deseamos y debemos ser.

(*) Comunicación presentada en la Reunión de Consulta sobre Historia de las Ideas del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, celebrada en Río de Janeiro, Brasil, del 7 al 12 de abril de 1986.—